

Maryam Madjidi

# La edad ridícula

Traducción de Palmira Feixas

editorial  minúscula  
BARCELONA

Título original: *Pour que je m'aime encore*  
© Le Nouvel Attila / Éditions du Seuil, 2021

© de la traducción: 2026 Palmira Feixas Guillamet  
Revisión: Marta Hernández Pibernat

© 2026 Editorial Minúscula, S. L.  
Sociedad unipersonal  
Av. República Argentina, 163  
08023 Barcelona  
minuscula@editorialminuscula.com  
www.editorialminuscula.com

Primera edición: enero de 2026

Diseño gráfico: Pepe Far  
Fotografía de la cubierta: © iStock.com/Blond Fox

Esta obra se benefició del apoyo de los Programas de Ayuda a la Publicación del Institut français.

La autora se ha beneficiado del programa de residencia de escritores de la región Île-de-France para escribir este libro, acogida en las mediatecas de Grigny.

Este libro es una obra de ficción. Por tanto, cualquier parecido con situaciones reales o con personas existentes o que hayan existido no es ni fortuito ni involuntario.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona  
Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 979-13-990040-6-9  
Depósito legal: B-1.580-2026

*Printed in Spain*



Lo característico de la ridícula edad que atravesaba yo —una edad en absoluto ingrata, sino muy fecunda— es que en ella no consultamos a la inteligencia y que los menores atributos de las personas nos parecen formar parte indivisible de su personalidad. Rodeados de monstruos y dioses, apenas conocemos la calma. Casi no hay ni un gesto que hiciéramos entonces que más tarde no hayamos deseado abolir. Pero lo que sí deberíamos lamentar es haber perdido la espontaneidad con la que llevábamos a cabo esos gestos. Más adelante vemos las cosas de forma más práctica, plenamente conforme al resto de la sociedad, pero la adolescencia es la única época en la que se aprende algo.

Marcel Proust

*A la sombra de las muchachas en flor*

«Ya no iremos más lejos», te dice el Capitán.  
Demasiados obstáculos hoy para alcanzar el horizonte.

Dominique A

«L'Horizon»



*Para Samir Malou*

*Invisible en este mundo,  
presente en todas estas páginas.*



*Aquí no ocurre nada.  
He vivido aquí quince años. Nunca ha ocurrido nada.  
He vuelto a vivir aquí. Y sigue sin ocurrir nada.  
Eres una ciudad poblada por fantasmas.  
Eres una ciudad que se disculpa por el hecho mismo de  
existir.*

*Si por la noche vais a mirar desde el puente los trenes  
que pasan, oiréis los gritos de los fantasmas.*



# I. El adversario



## Porque yo lo valgo

De adolescente era francamente fea. Tenía una pinta espantosa. Mi pelo ensortijado, espeso, rizado formaba una bola compacta encima de mi cabeza, tan compacta que el viento no podía meterse entre mis cabellos para levantármelos como en los anuncios de champú de la tele.

Cuando ponían uno de esos anuncios, me quedaba subyugada y mi mirada envidiosa seguía la danza del pelo ligero y suave que se deslizaba entre los dedos como seda o raso.

El mío formaba un casco inamovible, invencible, tan sólido como los cascos romanos. Para arrancarme un pelo, había que tirar muy fuerte.

Mis compañeros de clase me llamaban «Washing-Machine». Añadían: «Por las mañanas, para peinarse, mete la cabeza en una lavadora.»

Yo les daba las gracias por la explicación; al menos, era la única palabra inglesa que no olvidarían jamás.

El apodo Washing-Machine había salido de la boca de un alumno cuando una hermosa mañana de primavera toda la clase me vio llegar con mi nuevo corte de pelo.

En *noruz*, el año nuevo persa, es tradición ir a la peluquería, comprarse ropa y limpiar a fondo la casa, así que fui a una peluquería de la avenida Henri-Barbusse, nuestros Campos Elíseos particulares.

La peluquera, una mujer de unos treinta años con una melena rubio platino planchada, una enorme boca reluciente de pintalabios y la mirada hastiada por tantas ilusiones y esperanzas sin cumplir, me iba cortando el pelo. A golpe de peine y a golpe de tijeras, a golpe de tijeras y a golpe de peine, lenta e inexorablemente, en el espejo se iba perfilando el aterrador corte de pelo cuadrado de un ama de casa americana de la década de los cincuenta con mucha laca y un flequillo grueso que me hacía una especie de visera encima de las cejas.

No dije nada. Me mordí los labios para no gritar de rabia ni de desesperación. Pagué esbozando una sonrisa de condenado en su último día. Durante el camino de vuelta a casa me fui repitiendo que no iría al colegio con ese cardado en la cabeza, prefería morirme que aguantar los sarcasmos de mis compañeros de clase, esperaré paciente a que me creciera el pelo antes de franquear la puerta de la escuela, probablemente perdería el curso, tendría que repetir, pero eso no era nada, nada de nada comparado con lo que sufriría si me veían de esa guisa.

Subí a mi cuarto sin dejar de oír las risas de mi hermano, que creía que me asemejaba a Bernadette Chirac en castaña. En la mirada de mi padre leí compasión y en la de mi madre, estupor. Ni siquiera tuvieron arrestos para dirigirme la palabra. Estaba fastidiada.

Al día siguiente, me levanté y me preparé para ir al colegio. Todo debía parecer normal. Salí de casa, anduve hasta el final de la calle, pero en lugar de girar a la izquierda, giré a la derecha y caminé sin rumbo durante media hora larga. Llegué a la terminal de autobuses y de la línea 5 del metro y me senté en un banco a mirar cómo pasaban los autobuses, el 148 y el 146, el 234 y el 134. Simplemente

esperé sin hacer nada. Tenía un poco de dinero, me compré un sándwich vegetal con atún en un bar regentado por unos chinos delante de la parada del 148.

Me lo comí mirando cómo pasaban una y otra vez los autobuses. Observé al vendedor ambulante de cacahuetes caramelizados, que acababa de llegar y había colocado delicadamente una docena de bolsitas encima de un cartón. Me quedaban algunas monedas en el bolsillo y fui a comprarle una.

Me gustaba oír la campanilla del tranvía que tintinea cuando arranca o llega a la estación Pablo-Picasso. Me sentía a gusto en aquel banco. Me dejaban en paz. Nadie se burlaba de mi corte de pelo.

Anda, ahora le toca al vendedor de maíz asado ocupar su puesto. Empujaba un carrito, donde llevaba papel de periódico, carbón, cartón, mazorcas de maíz crudas, un bidón metálico y una parrilla. Fijó la parrilla a ambos lados del carrito, encima del bidón, en el que había encendido fuego, para disponer las mazorcas. Cortó un trozo de cartón a modo de abanico para avivar las llamas. A intervalos regulares, decía casi cantando y alargando la última palabra: «Maíz calieeeeeente, maíz calieeeeeente.»

Eran las tres de la tarde, la hora a la que solía volver. Ya podía volver a casa.

Y seguiré así todos los días hasta que me crezca el pelo y el ama de casa de los años cincuenta se aleje definitivamente de mí.

Al cabo de tres días, llamaron a mis padres del colegio. Tuve que reconocer la verdad.

Libraba una batalla con mi pelo. En *Los trabajadores del mar*, Gilliatt lucha contra el viento, el oleaje y los pulpos;

yo luchaba contra los mechones, la escarola, los rizos. Era una Gilliatt de la cabellera.

Me armaba con el secador y me pasaba el cepillo para domar cualquier mechón, pero todos mis bucles se resistían al calor abrasador, se negaban a someterse, se escapaban de las zarpas del cepillo y la mayoría de las veces yo acababa empapada en sudor, exhausta. Me miraba en el espejo: tras la aparente melena alisada, aplanada, domada, se adivinaba la escarola que se mofaba de mí en mis narices.

Los días después de haberme alisado el pelo, tenía un miedo atroz a la humedad; bastaba con que lloviznara un poco para que todo se fuera al garete. Siempre andaba con un sombrero, una boina o lo que fuera en la cabeza como parapeto contra la amenaza del encrespamiento.

Por la noche me ponía pasadores, horquillas, pinzas y gomas en lugares estratégicos de la cabeza para que al despertarme los mechones más rebeldes estuvieran domados. Lo hacía a escondidas, no quería que se burlaran de mí. Era mi ritual a la hora de acostarme. Tenía que estar atenta y concentrada: ¿dónde pongo este pasador? ¿Y esta horquilla? ¿Cómo lograr que al día siguiente el flequillo esté liso? A veces me despertaba de dolor porque uno de los pasadores se me había clavado en la cabeza mientras dormía.

Nada más levantarme, iba corriendo al cuarto de baño a mirarme: me quitaba uno a uno todos esos aparejos, impaciente por descubrir la recompensa de tantos sufrimientos nocturnos, y allí, ante el espejo, una vez me había quitado el último pasador, parecía un Playmobil.

Era una tortura que me infligía voluntariamente. ¿Por qué? Tenía trece años y quería ser como Brenda de la serie *Beverly Hills*. No quería esa cabellera de meteca que revelaba mis lejanos orígenes.